

DOMINGO

Domingo; ocho de la mañana; sopla una brisa húmeda; el sol juega en las hojas inquietas de los árboles y mancha el suelo con sus círculos de luz. Tres campanadas cortan el silencio con su son acompasado. Es la campana de la iglesia que llama a los fieles. La iglesia sin revocar; la piedad de sus parroquianos no ha alcanzado todavía a vestir su desnudez rojiza. Adentro, la ancha nave se dilata hacia el fondo; el altar, donde se oficiará la misa.

Iconos con largas túnicas que al cubrir desnudan; el rostro de la virgen se tuerce en actitud dolorosa; a un lado Jesús sangra; tres viejas besan fervorosamente sus pies sin lograr besar a Cristo. Montón de yeso vaciado en el molde de cualquier hombre, bastaba que la piedad cristiana ciñera a su frente la corona de espinas o suspendiera de sus hombros la cruz para que el ícono fuera sagrado. No hubo un artista que pudiera apresar en la carne la divina sonrisa de su espíritu; la gente que le rinde culto no sabe infundirle el suyo porque no lo tiene.

Los bancos, negros bancos de iglesia ordenados en largas filas paralelas, se cortan hacia el centro para dar paso a la nave; siguen del otro lado con su paralelismo aplastante.

Entra el cura; ha sacudido la atmósfera cargada de incienso; los pliegues de su pesada falda se impregnan del polvo de la alfombra que pisa. Lleva una túnica blanca, inmaculada; gracias a ella, él es más puro. Hará de intermediario; por él la gente subirá hacia El. Habla, yo no sé lo que dice; la gente se arrodilla, se sienta, reza; con aire distraído los chicos, con aire serio las jóvenes; las viejas rezan con fervor. Yo soy yo, yo pienso. Llego hasta El, sin él, lo mismo en la calle que en la iglesia.

Ahora el monaguillo agita el incensario; se filtra por su enrejado un humo espeso; la atmósfera se hace cada vez más pesada; embota los sentidos; quisiera purificar el ambiente de humo y de hipocresía. Quisiera desordenar un poco esos bancos paralelos.

Salgo a la calle. En la puerta de la iglesia una mujer aguarda la salida de los fieles. Lleva un chiquito en brazos; los dos visten trapos; la nena tiene la cara baboseada por el chocolate que come con regocijo; ninguna de las dos ha advertido mi presencia; la criatura habla y sonríe a la madre con una gracia que ha llamado mi atención. Parece que el oficio ha terminado porque la gente sale de la iglesia. La mujer entonces se acerca a un grupo; la nena ha comprendido; se pone seria, casi trágica, y madre e hija alargan la mano con caras de mártires; las limosnos llueven porque la iglesia ordena que se practique la caridad que denigra fomentando la hipocresía que disfraza.

La gente ya se aleja. El templo ha quedado vacío. Vacío de gente y de significado. El sol ya no mancha el suelo con sus círculos de luz. Llueve.

*

* *

Yo no sé por qué, cuando atravieso la plaza por ese camino blanco que la corta en diagonal, siento la voluptuosidad del abandono físico. Esa plaza es un esquema; es la abstracción de todas las plazas; las plantas no crecen con desorden y exuberancia; no tienen la libertad de las cosas no sometidas a reglas; los árboles los han vaciado en el molde de un cono; los arbustos que adornan las esquinas de los canteros son cuadrados; sólo una magnolia y un alcanforero rompen la monotonía de sus líneas severas; parece que sus ramas se desperezan.

El camino blanco que cruza la plaza en diagonal se dilata hacia el centro en un círculo; ahí están el guardián y su bastón; forman parte integrante de la plaza. En esta plaza hay muchas cosas blancas; los bancos de piedra, los caminos rectos, la luz difusa irradiada por focos también blancos; sopla una brisa que se me antoja blanca; se siente el frío de las cosas

blancas, el frío de los conceptos puros. Se parece a esos hombres cuyas ideas se han reducido y enriquecido en esquemas, cuya fuente de sentimientos se ha secado; la faceta intelectual ha invadido la sentimental y el mundo interior sólo hiere su inteligencia. De esta plaza no se puede decir con razón que "les arbres empêchent de voir le bois"; su sentido está claro; se insinúa debajo de sus formas geométricas; no hay que buscarlo porque no está escondido; ella nos lo ofrece; casi se impone.

Ahora paseo por un camino circular que abraza el centro de la plaza; una fuente me intercepta el paso; es un recipiente hexagonal que se levanta apenas veinte centímetros del suelo; en el centro un cisne vomita agua. Sigo por el camino interminable; voy pensando en fórmulas matemáticas. Hay poquísima gente. Un hombre, embozado en su capa, atraviesa la plaza a largos pasos; en un banco una pareja; no tienen de común más que el banco en que están sentados; cuando paso por segunda vez frente a su banco ya se han ido; es tarde, son las diez de la noche; he conseguido apoderarme del concepto; ahora la plaza es mía; me voy. Sólo quedan el hombre y su bastón guardián del esquema.

AMALIA HAYDÉE RAGGIO.